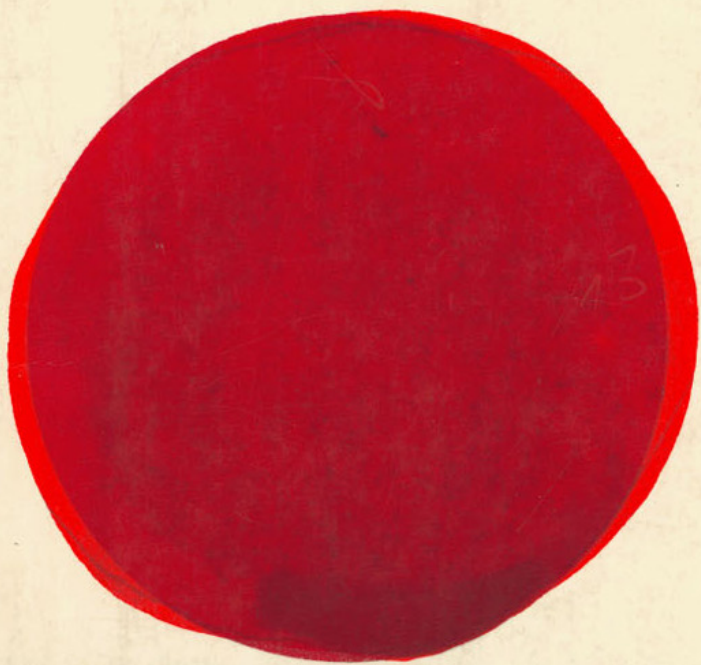


JAIME EYZAGUIRRE



HISPANOAMERICA DEL DOLOR Y OTROS ESTUDIOS

EDICIONES CULTURA HISPANICA

1. HISPANOAMERICA DEL DOLOR

Cuando las huestes de Valdivia, en un verano de la conquista, acamparon junto al lecho pedregoso y abierto del Mapocho, oyeron por primera vez un nombre que les salía al encuentro en la dulce lengua vernácula, como lema y síntesis de un porvenir agónico. Huelén era la palabra nueva y misteriosa, con que señalaban un montículo de piedra ante el cual se partían reverentes las aguas del río. Y Huelén quería decir dolor. Dolor, estremecimiento de la carne indígena triste. Dolor, destino incierto y jamás realizado en plenitud para el español.

En ese hito de piedras calcinadas por el fuego de un verano exuberante, en ese amasijo recio e incommovible, yermo y pálido, estaba labrando el futuro de una raza síntesis. Los que pronunciaron la palabra y los que la oyeron, quedaron definitivamente sellados por la angustia común.

América bárbara y cristiana. América, la de los viejos adoradores del sol y de las culturas del oro y de la lana. América, la de la sangre noble de Castilla, de los firmes señores de la espada y de los siervos de la cruz. América una y doble, paradójica y armoniosa, tierra de batalla perpetua, de perderse y recobrase, de vivir eternamente muriendo. Esta es la América de la angustia, del agonizar sin límite, la América nuestra, india y española, que busca sin descanso su definición en lucha consigo y los demás.

«Se ha creado entre nosotros —escribió Dostoiewsky— un tipo superior de civilización desconocido en otras partes, que se encuentra en todo el universo: el hombre que sufre por el mundo.» Y Dostoiewsky, que pensaba en su patria rusa, estaba dando sin saberlo con el meollo de nuestro admirable destino histórico.

Porque hay dolor, de alumbramiento o agonía, desde que se conoce vida en la tierra de América. Dolor y sobrecogimiento en el azteca que aplaca las iras de sus ídolos bestiales con los sacrificios humanos; dolor y fatalismo

en el quechua oprimido en las garras de un Estado que no admite el libre vuelo de las individuales; dolor y abandono en el araucano, que no tiene un cielo de reposo y que se arrastra en la línea sin meta de la guerra y del pillaje, de la borrachera y de la magia.

Y también el español trae su angustia. Es la brega diaria del hombre cristiano que pugna por congraciarse el ideal con la realidad, el espíritu con la vida. El español no concluía en el tiempo. Sabía que compraba en esta vida las condiciones de otra sin límites y que en su actuación estaba suspendida una finalidad eterna. Este fue el dolor que se clavó en el pecho del español y que le persiguió sin descanso, como sabe perseguir la voz interior al hombre de conciencia. Ningún otro pueblo conquistador ha sentido esta angustia, porque sólo es privilegio de los que guardan la luz de la esperanza.

De este choque de razas inconexas, de angustias dispares, ha brotado el alma de la América hispana. Alma compleja y múltiple, rica como ninguna y apenas revelada aún en sus posibilidades. Porque en el continente virgen se vació todo lo español, con su valorización trascendente del hombre, con su sentido unitario de la especie humana, con su conciencia de finalidad. Y ya estaba aquí, por espacio de siglos, ese mirar pasmado al mundo físico que el español rehuía y que en cambio al indio tenía sobrecogido. El español que venía arrancando de un Renacimiento panteísta que disgregaba la Cristiandad, topó sin pensar en América con la materia. Aquí es donde ella se le revela en todo su vigor y poderío hasta robarle el cariño. La ama porque la encuentra inasible, porque está cargada de lenguajes cifrados que no se dejan coger por el filósofo, pero que mueven al canto del poeta. Ahí está la pluma de ese soldado áspero y sufrido de Valdivia, volviéndose sensible y admirada ante la tierra de Chile, «que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo». Ahí Alonso de Ovalle, que olvidando su estirpe castellana, sólo reverente ante el tema del hombre, se embelesa frente al misterio del agua y palpa con delicia «su blandura y suavidad». Ahí, en fin, Manuel de Lacunza, que reviviendo doctrinas ya en olvido, quiere ver realizando el reino de Cristo, no en un cielo empíreo, con mengua y destrucción de la materia, sino en la propia tierra salida de la mano de Dios.

Y esta naturaleza que transporta y conmueve la sensibilidad del español no es un mundo de silencios y ausencias. «El pensamiento remoto de las naciones que en ella vivieron —dice Vasconcelos— flota en el viento, palpita en las selvas, fulgura en los ocasos magníficos del trópico, ocasos esplendentes de una rica y misteriosa eternidad. Por las razones de su mismo origen, el pensamiento de la América Latina no puede ser el mismo que el de la América del Norte. Allí la tarea consistió en ponerse a ligar la conciencia con la naturaleza vacía; entre nosotros la conciencia se encuentra en un espacio lleno de presencias milenarias.»

No le toca al español, como al inglés, sembrar sobre tierra baldía o desatar raíces incrustadas. Llegó en el ocaso de las espléndidas civilizaciones a inyectar savia nueva, a fundirse con ellas para labrar al unísono un futuro de posibilidades no previstas. El inglés quiso arar lo vernáculo y trasplantar su civilización con cautela para librarla de los contagios autóctonos. El español se volcó con pleno desinterés y generosidad, dando y recibiendo. Por eso lo que brota en Ibero-América, ya no es la planta europea intacta, sino una tercera dimensión de sangre y cultura, enriquecida con aportes dispares, y orientada a nuevos y no soñados destinos. Un Garcilaso de la Vega Inca, en el Perú, y un Alba Ixtlixóchitl, en Méjico, hablan del genio mestizo en buena lengua de Castilla; y en los templos de Puebla y Potosí, y en las tallas y lienzos de Quito y el Cuzco, por sobre el barroco de estirpe española, aflora la naturaleza exuberante de las razas indígenas, que dejan oír su palabra en el concierto espléndido de la creación artística.

Es verdad que Ibero-América ya no es España, pero también es verdad que sin ésta, aquella no habría existido. ¿Qué vínculo ligaba a las tribus, qué solidaridad geográfica aparte del nexo lugareño se advertía en ellas, antes que el español viniera a dárselas, fundiéndolas a todas en el común denominador católico y cultural? Por eso lo español no es sólo un elemento más en el conglomerado étnico. Es el factor decisivo, el único que supo atarlos a todos, el que logró armonizar las trescientas lenguas dispares de México y hacer de Chile, no ya el mero nombre de un valle, sino la denominación de una vasta y plena unidad territorial.

El español saltó por sobre las dificultades que le imponían las distancias geográficas, los particularismos de tribu y las adversidades raciales, para producir el milagro de la cohesión americana. Por eso lo que se haga por echar en olvido el nombre español en estas tierras y querer oponer a él una revalorización hiperbólica de lo indígena, irá en derechura a atentar contra el nervio vital que ata a nuestros pueblos. Todo lo que las viejas civilizaciones pudieron tener de valedero en el momento de plena decadencia en que las sorprendió la conquista, fue guardado y defendido por los mismos españoles, que trajeron a tiempo el instrumento de la escritura, desconocido por los indígenas, para perpetuar la historia y tradiciones de los vencidos. Lo que los conquistadores destruyeron apenas es comparable con lo que transportaron de cultura, y nadie puede ahora sentir merecida nostalgia por los sacrificios humanos de los aztecas, la antropofagia de los caribes o la magia negra de los araucanos. Hay que cuidarse a tiempo de esta retrogradación absurda e imposible a un autoctonismo ya superado, que voces interesadas alientan desde fuera. Es la forma más sutil que se ha encontrado de barrer el espíritu en nuestros pueblos y echarlos desnudos a la nada para que allá los coja el primer imperialismo que pase.

Si el término Indo-América sustituye el factor común cristiano y occidental de nuestra cultura por una deificación racista que se repliega ciegamente en los bajos estratos de la biología para rechazar todo contacto con el espíritu

universal, la otra denominación de Latino-América, aunque más inofensiva y menos falsa, disfraza malamente el propósito de diluir el nombre español en una fórmula genérica que dará cabida preponderante a otras naciones, muy ilustres sin duda, pero que no estuvieron presentes en las etapas culminantes de la conquista y colonización. Cuando el indio americano, rescatado de la oscuridad de sus ídolos, conoció al Dios del amor y se dirigió a El con las voces tiernas y confiadas del Padrenuestro, no lo hizo en francés ni en italiano, sino en la viril lengua de Castilla. A España no se le puede disputar el derecho de unir su nombre al de una tierra a la que abrió las puertas del cielo, infundiendo en el alma triste de sus moradores la virtud para ellos desconocida de la Esperanza.

Fue España la que echó en el Nuevo Mundo las bases de una nueva posibilidad cultural llamada a prolongar todo lo grande y valioso de occidente hacia metas más amplias y valederas. Y bajo su égida maternal alcanzaron a revelarse esos primeros vagidos de la intuición creadora americana que a través de la forma arquitectónica se derrama desde México hasta Córdoba, que está presente en el genio literario de Garcilaso y Ovalle, de Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima musa; en la emoción y movimiento de las tallas quiteñas del Padre Carlos y del pincel de José Juárez, Sebastián de Arteaga y los Echave, de Miguel de Santiago y de Gorívar; y, en fin, en la divina heroicidad de Rosa de Lima, Martín de Porres y la Azucena de Quito.

Admirable introito cultural, que, por desgracia, se vio luego estragado en su camino de seguras promesas. Porque una gangrena de quebranto interior vino a secar el alma y clavar el vuelo de su poder creador.

Desde el momento en que en una cultura de inspiración católica el gesto vital de la fe cumplida se transforma en una mueca rutinaria, ya están disueltas las esencias y lo que queda es sólo una técnica de impulsos mecánicos deshumanizados. Esto es lo que pasó en el gran imperio español, donde las fuertes disparidades y fisonomías lugareñas, detenidas en su impulso de dispersión por un ideal supremo, vieron poco a poco relajarse este vínculo de común superación. Esa lucha agónica por la coincidencia entre el espíritu y la vida, que persiguió sin descanso al español, acaba de resolverse en un divorcio entre ambos, en una ruptura irremediable. El español, que no ha comprendido el Estado unitario y centralizador, que se ha refugiado contra él en las comunidades autónomas inferiores y que sólo puede aceptar a lo más una confederación de éstas con miras a una meta trascendente, ya no tuvo a donde dirigir sus pasos asociados y se volvió entonces solo a la patria chica, a la comunidad primitiva. Desde el siglo XVII en que mueren el santo y el caballero andante y aparece el pícaro como imagen de esta ruptura entre el ideal y la vida, hasta los albores del siglo XIX en que Goya marca con sus «Caprichos» este cruel y amargo desaliento colectivo, la comunidad imperial va en progresivo desmoronamiento. Portugal será el primero en

disgregarse y Cataluña también intentará hacerlo. Y la descomposición alcanzará su punto álgido en ese momento decisivo que la historia conoce con el nombre de independencia de América.

Cuando el monarca, símbolo exterior de la unidad, desaparece con la invasión napoleónica, las fuerzas de la dispersión regionalista, representadas por los Cabildos, antes cohibidas y superadas, ven ahora rotas todas las trabas que detenían su poder. El sentido de cohesión universal desaparece para siempre y el particularismo se enraíza con tal violencia que ya no será posible recomponer en un todo los fragmentos del antiguo imperio español, día a día más divergentes.

Aquí es donde puede apreciarse con más fuerza el absurdo de los que pretenden colocar en el mismo plano el movimiento de emancipación de las colonias anglo-sajonas y el de las españolas. No hay afinidad ni en los antecedentes históricos, ni en la postura vital de los héroes de ambas revoluciones. Es increíble hasta dónde en hechos y hombres de apariencia similares, supo cada raza mantener su sello inconfundible y marcar el abismo de la diferenciación.

Mientras la independencia de Hispano-América fue ante todo la etapa culminante de un hondo proceso de disgregación cultural, alentado, eso sí, desde fuera por la obra de las potencias rivales de la metrópoli, la emancipación de las colonias inglesas brotó como el fruto maduro de un crecimiento robusto que las facultaba plenamente para auto-dirigirse. Y es curioso advertir cómo en ambas pareció resucitar la idiosincrasia que cada pueblo reveló en la etapa primordial de la conquista.

La quiebra de la comunidad ibero-americana, con ser paso de decadencia cultural, no dejó revestir un signo de grandeza similar al que había presidido el momento de su generación. Porque si hay una epopeya de la conquista, también hay una epopeya de la crisis libertadora. Y junto al esplendor magnífico y al valor sin tacha de un Cortés y de un Valdivia, de un Pizarro y un Alvarado, de un Quezada y un Mendoza, caben sin mengua de altura la intuición creadora de un Bolívar, el genio militar de un San Martín, la pureza de un Sucre y el heroísmo de un O'Higgins. La emancipación fue la crisis de una forma cultural determinada, pero nunca importó la muerte de las posibilidades de la raza. Se dirá que ella buscó soluciones por otros caminos, extraviados sin duda en muchos aspectos y hasta infieles a su destino histórico, pero no que hubiera cesado de latir su pulso vital. El primitivo ideal de cultura pareció tornarse ineficaz y por eso se buscó otro nuevo. Pudo escogerse erróneamente, pero no es posible negar la generosidad del impulso. Y en esta generosidad está precisamente el parentesco de la conquista y de la emancipación. La raza dio en ambos estadios de la historia un mismo testimonio de fervoroso idealismo. Y no es poco conservar idealismo en momentos de hondo desconcierto.

Muy otro es el camino seguido por las colonias inglesas. Aquí la emancipación no se hace porque se haya perdido la fe en un ideal, puesto que jamás se tuvo alguno. Es el frío realismo de las contabilidades puritanas el que aconseja excluir a Inglaterra de la explotación de las tierras que van del Atlántico a los Apalaches y reservar la renta exclusiva a sus moradores. La etapa de una conquista de puro tipo económico alcanza así su natural plenitud. En vano se buscarían aquí figuras caballerescas, enteramente de más en el campo de las operaciones financieras. Los esfuerzos que la historia oficial ha hecho más adelante para crearlas resultan demasiado pueriles para tomarlos en cuenta. Es indudable que puestos en paralelo Bolívar y Washington, con criterio puritano, el último resulta en extremo favorecido, puesto que para él brilló el triunfo económico. Pero mirado desde nuestro ángulo hispano-católico, la cosa tiene otra dimensión. Bolívar, aristócrata pleno de generosidad, muere empobrecido en la persecución quijotesca de un ideal que huye de sus manos y ante el cual ha hecho derroche de genio y heroísmo. Washington, burgués ponderado y militar sin éxito, muere rebo-sante de dinero, gracias a sus diestras especulaciones de tierras y a su acertado matrimonio con una viuda rica. Entre uno y otro media la diferencia de un artista de la gloria y un «bussinesman».

Fruto natural de crecimiento y continuidad histórica, la independencia de la Nueva Inglaterra no podía producir relajación de vínculos entre las antiguas provincias, sino al contrario, un mayor impulso hacia la unidad. A la vieja diversificación colonial sucede la comunión federativa, que crea lazos estrechos entre los Estados, asociándolos a la magna tarea de un destino común. Aquí no hubo solución de continuidad y el talento de los estadistas ayudó a sedimentar la unión. Nadie pensó entonces en desdeñar la raíz originaria y en salirse del cauce propio para intentar imitaciones extrañas, sino en prolongar y robustecer la vieja línea histórica. Y no cabe duda que el porvenir se encargó de comprobar que la mira de los fundadores de los Estados Unidos fue certera al permanecer fieles a la tradición de su raza.

De nuestros pueblos hispano-americanos no se puede decir otro tanto. La independencia acabó con la comunidad imperial y el impulso de disgregación se hizo cada vez más fuerte. No se contentaron sólo los antiguos dominios peninsulares con transformar en barreras nacionales los anteriores deslindes meramente administrativos, sino que llegaron a quebrar estos mismos en pedazos. La Capitanía General de Guatemala se segmentó en microscópicas repúblicas y el Virreynato del Plata sufrió la escisión del Paraguay y del Uruguay. Y como si esto no bastara, un vértigo federalista de simiesca importación anglo-sajona, vino a precipitar al colmo la desintegración. «En los Estados Unidos —ha observado Carlos Pereira— federar era unir, atar lo disperso, hacer de la primera Confederación, laxa, provincial y divergente, un conjunto nacional, mientras que sus imitadores en la América del Sur entendían y entienden por federar todo lo contrario de lo que expresa la palabra, pues para ellos un sistema federal era, en la teoría, la separación siste-

mática de partes que habían estado ligadas bajo un poder central, y en los hechos, una disolución de la sociedad, reducida a focos locales de barbarie y de crimen.»

«¡Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa!», clamaba con desesperación Bolívar al dirigirse a los constituyentes de Angostura. Pero fue más fuerte el poder de la anarquía que la voz de la prudencia. Y los pueblos se perdieron en la brutalidad y el desenfreno.

Acaso sea mejor silenciar las desvergüenzas de nuestra pobre raza envilecida, ya que sólo el piadoso olvido de una buena parte de su historia llamada libre permite mantener a las naciones de Ibero-América el epíteto de pueblos cultos y dignos de hablar el noble idioma español, que es el lenguaje de la dignidad. Baste sólo decir que ya Bolívar alcanzó a comprender que su tarea había sido como arar en el mar. «Hemos destruido —afirmó— tres siglos de cultura y de industria.» Y al resignar en 1830 el mando de Colombia, agregó con profundo desconsuelo: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás».

La época española en sus días de oro se había esforzado en vivir un orden teológico perfecto. Y si la práctica no pudo realizar en su plenitud toda la bella doctrina, el esfuerzo alcanzado fue suficiente para dar a las clases un sentido armónico y a todo el cuerpo social una nítida finalidad. El rey, como vicario de Dios, según la profunda definición de Las Partidas, se sentía el padre de una inmensa familia a la que estaba gravemente obligado a nutrir no sólo en sus necesidades del cuerpo, sino también del alma. «Mirad —decía Carlos V a los Obispos de Panamá y Cartagena— que os he echado aquellas ánimas a cuestras; parad mientes que deís cuenta de ellas a Dios y me descarguéis a mí.» El rey sabía estar por encima de las clases y su continuada tarea de defensa de los indígenas contra la explotación de la aristocracia colonial, lo prueba de manera suficiente, aun en aquellos años en que las esencias del orden hispano se habían desvanecido y sólo quedaba el impulso rutinario de la costumbre. Ya lo dije antes: lo último en desaparecer fue el nexo externo del monarca y cuando esto ocurrió con la independencia, sobrevino la ruptura de las clases y el caos inevitable. En México la revolución se hizo por la indiada al grito de: «¡Mueran los gachupines!» Y en Venezuela la antigua nobleza fue pasada a cuchillo sin misericordia. Y donde esta aristocracia no fue perseguida, careció de altura moral y sólo fue capaz de exhibir una cadena de traiciones. Apenas Chile se escapa de esta regla general, no sin haber pagado un pequeño tributo al desorden antes de cimentar su régimen definitivo.

En Chile hay entonces una clase firme y sobria, educada en la austeridad y el esfuerzo, como la vieja nobleza de Castilla. Ella es capaz de imponer una vigorosa estructuración a la sociedad y salvarla de la anarquía. Pero el orden que así brota no es en manera alguna de raíz teológica, como en el viejo sistema desaparecido, sino de pura inspiración positiva. Ya no se trata

de dar un impulso cristiano, caballeresco y misional a la vida, sino de asegurar el equilibrio de las cosas. No se busca un orden interno, sustancial, ontológico, sino un orden externo, legal, positivo. Si caben comparaciones podría decirse que la cultura virreinal, en su momento culminante, fue un nuevo «ordo amoris» a la manera medieval, mientras el régimen pelucón chileno fue un orden jurídico, a la antigua usanza de la Roma clásica. Esto fluye claramente del diverso concepto de la ley que tienen los códigos españoles y el chileno, pues mientras para los primeros lo que requiere la ley para ser tal es que envuelva un contenido de justicia, para el segundo nada interesa su valor intrínseco y sólo importa que cumpla ciertos requisitos externos, que se dicte «en la forma prescrita por la Constitución».

Despojada así de todo contenido ontológico, la ley, como «declaración de la voluntad soberana», se transforma insensiblemente en la expresión de la exclusiva voluntad de la aristocracia, que es la clase dominante. A la justicia objetiva ha sucedido una justicia subjetiva. El bien común ha cedido su lugar al bien particular de la aristocracia, que es legisladora y parte a la vez. Antes la monarquía española, para asegurar el cumplimiento de la justicia, había partido del reconocimiento de las diferenciaciones de clase, otorgando a las más débiles el apoyo que necesitaban. Ahora el orden republicano rehúsa aceptar esas diferenciaciones por antidemocráticas y suprime el régimen tutelar por denigrante. En su lugar se proclama una igualdad ante la ley tan hipócrita como ineficaz, pues el débil, súbitamente asimilado al pleno ejercicio de los derechos, en la práctica no los puede hacer valer por su real incapacidad y careciendo de la antigua protección se ve entregado sin defensa a la voluntad omnímoda del más fuerte.

El orden pelucón chileno, con ser el más admirable esfuerzo de organización que presenta la América española en su primer siglo de independencia, estaba condenado a muerte por su gran rigidez aristocrática. Todo él convergía en torno a esta clase y carecía de la flexibilidad necesaria para permitir a los otros estratos sociales su legítima movilidad evolutiva. De ahí que cuando los tiempos comenzaron a tomar conciencia de sí mismos, la quiebra del régimen se hizo irremediable, pasando el poder a una clase media resentida y carente de toda tradición y experiencia para detentar con éxito el mando.

Ya es bastante decir que la independencia de Hispano-América cortó los vínculos políticos de nuestros pueblos y los precipitó en la desintegración, cuando no en la lucha a muerte de unos contra otros. Pero hay todavía que agregar que a la desarticulación del cuerpo siguió el rechazo de la antigua alma colectiva y la búsqueda afanosa de la razón de vivir en fuentes exóticas. Con orgullo infantil el hispano-americano dio de espaldas a una historia que estimó en definitiva agotada y, sin discernimiento, no supo diferenciar lo que podía haber de circunstancial y pasajero, de aquello que era realmente eterno y vital en la propia cultura. El repudio lo cubrió todo, y después de arrojar desdeñoso un ropaje que había cubierto las carnes de América por

espacio de tres siglos, comunicándoles el calor cristiano, corrió con la vergüenza que produce la desnudez, tras otras galas que hubo de mendigar a las puertas de naciones de culturas no sólo diversas, sino a menudo antagónicas a la suya. Estaba ebrio de libertad, pero en lugar de saciarse en la raíz de los viejos fueros y de los altivos Concejos castellanos, abolidos por el absolutismo, y que eran las más antiguas y grandes manifestaciones de libertad de occidente, se echó en brazos franceses e ingleses, para calcar sobre estos modelos su vida política. Y mientras de un lado de los Andes un Sarmiento vomitaba denuestos contra la raza propia y soñaba con hacer de su patria argentina un símil de Yankilandia, de la otra vertiente cordillerana un Larraja alentaba la misma apostasía y se entregaba a la adoración salvadora de los modelos de Francia.

No hay para qué ahondar en el recuerdo de la ridícula cuando no trágica parodia que de tan extraños modelos hicieron las naciones de Hispano-América. Pobres advenedizos sin pudor, han corrido a la zaga de todos los vencedores con las babas del adulto y las contorsiones simiescas de la imitación. Porque nuestra estúpida América de la apostasía vio en el federalismo yanqui, el jacobinismo francés y el parlamentarismo británico, otros tantos talismanes que la sacarían sin esfuerzo de su notoria ruindad. Y apenas logró robar la burda costra exterior sin llegar al alma de esos pueblos que mientras tanto seguían fieles a su propia y legítima evolución.

En cien años de vida libre Ibero-América no ha dicho al mundo una sola palabra que merezca recordarse. Su andar vegetativo y rastrero ha logrado concitarle sólo el desprecio universal. Y manos fuertes y ávidas han aprovechado su cuerpo cargado de impudicia, porque como una vil cortesana, está pronta a entregarse en los brazos del primer triunfador. Inútil es que procure descargar sobre otros la culpa de sus extravíos, cuando el indiferentismo o la traición de sus hijos abre las puertas a la sórdida insolencia de los extraños. Nada sacamos con que se nos repita que entre 1901 y 1931 los Estados Unidos han efectuado 27 intervenciones armadas en la América española. Lo que conviene subrayar es que ni una nación del continente, fuera de la pequeña Guatemala, alzó su voz cuando México fue invadido y cercenado por su vecino poderoso. Y que este mismo pueblo, que ha negado el homenaje de gratitud de un monumento a Hernán Cortés, que trajo el cristianismo y la cultura a su territorio, no ha titubeado en prodigarle en todas sus ciudades a Benito Juárez, que denunció como pirata a la armada de su patria para hacerla caer en manos de los yanquis y confiscó los bienes de la Iglesia mexicana para repartirlos entre los pastores puritanos de Norteamérica. «¿Odio al yanqui? —se pregunta Gabriela Mistral—. ¡No! Nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué odiarle? Que odiamos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro, a su voluntad y a su opulencia.»

Esta es la triste cosecha de nuestra baja apostasía interior, de nuestro andar imitativo y de nuestras miras estrechas y recelos fraticidas. Porque ¿a qué está llamado a conducir este olvido del nexo originario sino a la disolución de nuestra estirpe cultural y racial hispano-americana? Y, sin embargo, no hay unidad mayor que la nuestra, y la vieja Europa, partida en mil fracciones, jamás, ni aún en los tiempos comunitarios del medievalismo, ha ostentado una mayor cohesión y una vida más estrecha que la de los pueblos que constituimos antaño el gran imperio español. No es sólo la afinidad racial —y ya sería bastante— lo que viene a hermanarnos. Porque nuestra familia no es mera obra de la biología, como entre los pueblos sajones, de suyo inclinados a la soberbia materialista de la raza, sino el puro trasunto de un imperativo ontológico. Por sobre la sangre común poseemos, además y sobre todo, una auténtica y propia cultura, que no ha dicho aún su última palabra en la historia del mundo y que ostenta jerarquía moral suficiente para reclamar de los otros pueblos pleno y absoluto respeto para desenvolverse. En el momento caótico que vivimos, se fuerza por unos y por otros nuestra palabra, pero ya es tiempo que, librándonos de todos, la demos con acento propio e incontaminado. Hemos llegado a la hora más crítica de nuestro destino y está en nuestras manos el definirnos por la existencia o el irremediable desaparecimiento. ¿No es éste, en que los imperia-lismos extienden sus garras por el globo, el más angustioso y urgente momento de los pueblos hispano-americanos, y la última ocasión que se les brinda de salvar los restos de un patrimonio dilapidado, volviendo por la fidelidad a sus grandes y legítimas tradiciones?

Ya sé que al oír hablar de tradición muchos no verán más allá del culto estéril a una cosa irremediablemente pasada y muerta. Pero tradición no es clavar el tiempo y rechazar su curso; no es hacer arqueología; no es repetir servilmente actitudes y modas definitivamente sobrepasadas. No es obrar en forma monocorde, ni vivir en un solo y determinado sentido. Tradición es hablar la propia voz, es marcar la vida con el sello vernáculo, es escribir las mil palabras con la pluma propia, firme e inconfundible. Tradición es algo que trasciende a la mutación incesante del tiempo, es vida, es germen activador, siempre fecundo, nunca agotado. Es tradición todo aquello que ha llegado a incorporarse a los pueblos como algo inherente a su propia persona, y de la cual no podrían ellos prescindir sin poner en peligro su existencia misma. Es tradición la columna vertebral que cohesiona este ejército en marcha que es la Patria o la comunidad cultural, integrado por los seres hoy vivos, por los que ya son sombras venerables y pasadas, y por los que vendrán en el futuro esperado. Tradición es aquello que sin perder su inmutabilidad intrínseca presenta en el curso de la historia manifestaciones de diversidad analógica. Tradición es el motivo de su existencia, es la razón de ser, la voluntad de vida, en fin, la forma sustancial de un pueblo, como es su materia prima, el medio geográfico, la raza y el idioma.

Los pueblos hispano-americanos tenemos una tradición común, vale decir un patriotismo genérico, que nos cohesiona en la sustancia y nos orienta a altas finalidades simultáneas. Me parece que esa tradición puede reducirse

a dos premisas universales que determinan claramente a nuestra misión histórica: conciencia de la dignidad humana y conciencia de una ley moral que rige la vida internacional y asegura la existencia a las individualidades nacionales.

Viendo en el hombre la imagen y semejanza de Dios, la cultura hispana no pudo sino contraponer al individualismo la personalidad, hasta lograr esa exacta gradación de valores que el mundo extraviado busca vana y afanosamente entre el oscilar absurdo de totalitarismos y democracias jacobinas, y que en una fórmula clara supo entonces condensar el verso de Calderón:

*Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.*

El individuo, como sujeto de intereses temporales, ha de estar sometido al Estado; mientras el Estado, a su vez, ha de servir a lo racional, atributo específico de la persona y ésta, como encaminada a un fin trascendente, ha de ordenarse sólo a Dios.

He aquí la escala de ascensión que construyó el español para anudar el cielo y la tierra, y en que la meta divina de la persona no llega a ser suplantada por opresoras estatolatrías. Allí están los municipios, allí los fueros, para contener y moderar los instintos absolutistas y establecer un sabio y ordenado equilibrio de los derechos. Allí la literatura para afirmar a cada paso el valor interior del hombre y hacer del teatro de Lope un monólogo ininterrumpido del tema del honor que une a plebeyos y nobles, ya que en cuanto valor espiritual supera las divisiones temporarias de las clases, como lo advirtió Cervantes al decir que «la honra puédelo tener el pobre, pero no el vicioso». Allí, en fin, el arte pictórico en que la sustancia eterna del hombre rebasa las diferencias de oficios y condiciones. Porque lo que ante todo se advierte en esas imágenes del Greco y de Velázquez, de Murillo y Zurbarán, de Valdés Leal y Ribera, trátase de reyes o mendigos, de santos o bufones, es el sentimiento de dignidad y el común destino superador que todas ellas respiran por sobre superficiales oposiciones.

Y esta conciencia de la dignidad del hombre figura también en la partida bautismal de la América española. Isabel la Católica, la madre generosa del Nuevo Mundo, no descansó tranquila hasta no ver incorporada en la mente de sus sucesores la conciencia de la común paternidad divina de los hombres; y las recomendaciones que hace en su testamento sobre el buen trato a los indios hablan del poder magnánimo de su corazón, que era el corazón de España. De esos pensamientos arrancó, como de firme raíz, toda la prolífica legislación de Indias, la más completa reglamentación del trabajo de occidente, no superada hasta la fecha por ningún pueblo conquistador de la tierra, en la que los dominadores se dieron a la tarea de realzar y proteger a los vencidos, comunicándoles las luces de la cultura europea y de la fe cristiana.

Alcanzó esta conciencia de hermandad con el indio al extremo paradójico de colocarlo en situación de privilegio sobre los mismos españoles. Una ley llegó a decir: «Que sean castigados con mayor rigor los españoles que injurien o maltraten a indios, que si los mismos delitos se cometieren contra españoles».

Ya me parece estar oyendo al viejo argumento de la ineficacia de esa legislación y de la crueldad con que, en cambio, trataron los españoles a los indígenas. Y vendrán para hacer fuerza con el viejo libro del Padre Las Casas, como si no estuviera probado de que su noble celo le hizo ser más hiperbólico y que aun así le oyó la corte española hasta llegar a prohibir la circulación en América de la obra de su contrincante, Juan Ginés de Sepúlveda, partidario de la esclavitud natural de los indios. El hecho es que mientras en los dominios de España son muchos los que, como Las Casas, Vasco de Quiroga, Luis de Valdivia y Diego de Rosales, velan por la aplicación de la doctrina de la hermandad humana, en las colonias inglesas Samuel Sewal aboga como magistrado de la Corte Suprema de Massachuset para que los indios sean tasados como ganado, el reverendo Samuel Hopkins sostiene en nombre de Dios el aniquilamiento de los naturales y aplaude la cacería que de ellos hace Pophan con ayuda de perros, y Cotton Mather confía en que «el demonio habrá de exterminar esa mesnada de salvajes para que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo no sea vilipendiado por ellos». El historiador norteamericano Lewis Hanke, que señala estos hechos, no olvida agregar que aun el dicho de John Eliot, raro benefactor de los indios, de que «vender almas por dinero es un peligroso negocio», resulta apenas «un débil balido de oveja ante el rugido de Las Casas».

¿Por qué los que protestan por el régimen de encomiendas se guardan de agregar que aun en el peor de sus días fue cien veces más benigno que la esclavitud suprimida por España entre quechuas y aztecas, y que en ese mismo tiempo el indio encomendado tuvo más derechos que los siervos de los países de Europa, como lo reconoció el sabio Humboldt al visitar México poco antes de la emancipación? ¿Por qué no se recuerdan las pruebas de cariño que a menudo dieron los propios sometidos a sus conquistadores benignos, como aquel triunfal recibimiento que espontáneamente y aun desobedeciendo a las autoridades españolas, hicieron los indios de México a Hernán Cortés, cuando éste regresó a la tierra como un simple particular; como esas expresiones de alegría de los indios de Jauja por el buen tratamiento de que eran objeto y que el cronista Cieza de León, recogió de sus labios; o como aquella explosión de lágrimas y dolor de los indios del Cuzco por la muerte del Adelantado don Diego de Almagro y ese gesto precioso de una libertad de fundar con su peculio una capellanía por el alma de su bienhechor?

Yo sé que hubo conquistadores y encomenderos que a pesar de la ley benigna y de la vigilancia de los gobernantes y de la Iglesia, cometieron abusos. Pero yo me pregunto si hay sensato que pueda imaginarse un tra-

tamiento comparativamente mejor para los naturales de las colonias inglesas en que la protección legal no existió y en que la cacería del indio era un deporte de gentleman flemáticamente aprobada por las autoridades y bendecido por los pastores puritanos. Por eso me parece corto todavía el elogio del Profesor Gaylord Bourne, de la Universidad de Yale, cuando dice de la legislación española en Indias que ella «encierra un valor mucho más grande que todo lo que se ha hecho en las colonias inglesas o francesas en el mismo orden».

Yo quisiera encontrar en la historia colonizadora británica el caso de un Rey como Felipe II que en 1581 se quejó al Consejo de Indias por haber en América personas faltas de conciencia que «piensan que sólo consiste el servicio de Su Majestad en allegar mucho dinero»; y en la historia de la Nueva Inglaterra casos como el del Oidor Egas Venegas, que en una visita en 1571 a la Imperial y Valdivia, obligó a los encomendadores a restituir a los indios la inmensa suma de ciento cincuenta mil pesos de entonces; casos como el del Obispo de Santiago, Fray Diego de Medellín, que privó por esos años de auxilios religiosos a los encomenderos que previamente no se comprometían por escrito a mejorar la suerte de los indios a su cargo; casos como el de Hernán Cortés que en su testamento ordenó averiguar si algunas de las tierras de su pertenencia habían sido de indígenas, para devolverlas, si así ocurría, a sus propietarios; como el del cuarto Gobernador de Chile, Pedro de Villagra, que instituyó herederos a los indios de su encomienda de Parinacochas; en fin, casos como los que nombra Bernal Díaz del Castillo en su preciosa crónica de la conquista de México, de encomenderos enriquecidos que en vida reparten su fortuna, devuelven la libertad a los indios y acaban sus últimos años en la pobreza y el ascetismo.

No pretendo desconocer que otros pueblos fuera del español posean sentido de justicia, pero sí creo que este concepto lo tienen basado sobre fundamentos muy distintos. La justicia del español gira en torno a la salvaguardia de la fe, es una justicia que descansa en el derecho a la salvación eterna que tienen todos los mortales y que por eso los hace específicamente iguales; es una justicia de movimiento ascensional, místico, trascendente. Por eso sus arquetipos son el caballero andante, el misionero, el santo. En cambio, la justicia de los pueblos sajones se mueve en torno a la utilidad, como claramente lo han expresado sus filósofos Jeremías Bentham y Stuart Mill. El arquetipo no es aquí el caballero, el santo o el misionero, sino el hombre de negocios, el banquero, el industrial afortunado. Y esta diferencia tiene su raíz originaria en la gran revolución religiosa del Renacimiento. El hombre protestante, al desconocer el libre albedrío y encadenar su existencia al irreversible mandato de un determinismo fatalista, ha buscado ansioso, en medio de la pavorosa noche de su incertidumbre, un signo que le permita adivinar la línea de su destino. Y el secreto de la voluntad divina lo ha visto él reflejado en el mayor o menor éxito que acompaña el curso de su vida. Si la fortuna le sonríe es señal evidente de que Dios le cuenta entre sus escogidos y en cambio, si sólo cosecha fracasos y miseria, es indu-

dable que el Altísimo le tiene ya condenado desde la eternidad. De ahí que como observa el Profesor de la Universidad de Londres R. H. Tawney, en su obra «Religion and the rise of Capitalism», «el puritano inglés del siglo XVII ve en la pobreza de aquellos que van cayendo en el camino, no un infortunio que debe compadecerse y ayudarse, sino una falla moral que debe ser condenada; y en la riqueza, no cosa merecedora de recelo, sino las bendiciones que premian el triunfo de la energía y de la voluntad. Templado por el examen de conciencia, la auto-disciplina y el control de sus propios actos, es el puritano, el asceta práctico cuyas victorias no se ganan en el claustro sino en el campo de batalla, en la casa de préstamos y en el mercado».

Me parece innecesario detenerme por más tiempo en el análisis comparativo de las ventajas o inconvenientes que presentan los tipos de justicia hispana o sajón, católico o puritano. Basta por ahora consignar lo irreducible de ambos conceptos, que aún un fundador de la independencia americana como Simón Bolívar llegó a comprender al rechazar en el Congreso de Angostura, en 1819, el trasplante absurdo de instituciones sajonas que repugnan a la mentalidad de Hispano-América, y al aconsejar a los legisladores el estudio de la propia idiosincrasia. «Este es el código —les dice— que debemos consultar y no el de Washington.»

Tenemos, pues, los hispano-americanos una línea tradicional de justicia, propia e inconfundible, que no podemos torcer sin una claudicación suicida. Nuestro concepto de la dignidad del hombre más que nunca hoy es valedero y son millones los seres que en el ámbito geográfico de nuestra comunidad cultural están reclamando su aplicación. Trabajadores de los cafetales y cauchales, trabajadores de las minas del estaño y del cobre, trabajadores de los pozos petroleros y de la industria agraria, invocan su calidad de hombres y exigen su rehabilitación espiritual y material. Urge volver por nuestra justicia de cepa cristiana y someter a los bienes que se han alzado tiranizando o enloqueciendo a los hombres. Porque como dice León Felipe:

*Hay que salvar al rico, hay que salvarle de la
dictadura de su riqueza,
porque debajo de su riqueza hay un hombre que
tiene que entrar en el reino de los cielos,
en el reino de los héroes.*

*Pero también hay que salvar al pobre
porque debajo de la tiranía de su pobreza hay otro
hombre que no ha nacido para héroe también.
Hay que salvar al rico y al pobre.
Hay que matar al rico y al pobre para que nazca
el hombre.*

He señalado antes como otro de los postulados genuinos de la tradición hispano-americana, la conciencia de una comunidad internacional regida por una ley moral salvaguardadora de las individualidades nacionales. Este con-

cepto de la justicia internacional figura también en la partida de bautismo de la América española y ha sido la mano de un religioso genial, el Padre Francisco de Vitoria, profesor de la Universidad de Salamanca, la que ha trazado esta línea imperecedera. Tan en lo hondo de la sangre lo traían los españoles a América que Toribio Esquivel Obregón ha llegado a probar en un bello trabajo que Hernán Cortés obró en la conquista de México como si hubiera conocido los postulados jurídicos del dominico Vitoria, que sólo se definieron años más tarde. Y a esto cabe agregar que los reyes españoles mostraron tal reconocimiento de las soberanías indígenas que Felipe III compró por escritura pública a los deudos de Atahualpa y de Moctezuma sus presuntos derechos a los tronos del Perú y de México, otorgándose a los primeros el marquesado de Oropesa y a los otros una pensión que se pagó religiosamente hasta los días de la independencia. Inverosímiles resultarían estos escrúpulos en un conquistador que no fuera el hispano, justiciero de suyo. De ahí que no se conozca otra cultura que como la nuestra haya visto su cuna mecida por estos dos conceptos de justicia, el de la justicia social del derecho del trabajo y el de la justicia internacional del derecho de gentes.

Derecho internacional importa decir salvaguardia moral para que las naciones puedan desenvolver su existencia libre; importa no tolerar que su soberanía sufra menoscabo por atropellos injustos y arbitrarios; e importa desechar de plano todo intento de imperialismo usurpador y absorbente. Las repúblicas hispanoamericanas, triste es decirlo, no siempre han empleado entre ellas mismas estas normas sacrosantas de justicia internacional, definidas por su misma raza, y acaso como justa e inmanente sanción a su culpable apostasía han debido soportar la invasión que poderes implacables han hecho en el corazón de su soberanía y de su vida económica.

Pocos, poquísimos han logrado comprender que sólo una restauración de nuestros vínculos de hermandad es capaz de prevenirnos del atropello de los poderosos, y que mientras continuemos políticamente divididos y moralmente desvitalizados, estaremos ofreciendo a quién quiera nuestra servidumbre. Ya en la generación de los emancipadores, que tanto empeño puso en disolver la comunión político-cultural hispanoamericana, hubo voces que se alzaron en pro de la unidad y denunciaron peligros que el tiempo confirmaría. Pero entonces esas voces fueron ahogadas por la indiferencia, cuando no por las susceptibilidades lugareñas o la ambición y recelo de los caudillos.

Portales fue acaso el único ibero-americano que en los días de Monroe intuyó el verdadero fondo de su doctrina de aparente protección continental; pero desligado como estaba entonces de toda influencia política, no tuvo más desahogo para sus ideas que la correspondencia epistolar. No logró más don Joaquín Campino, primer plenipotenciario de Chile en los Estados Unidos, que clamó ante su gobierno por la necesidad de robustecer los vínculos entre las antiguas provincias del ya muerto imperio indiano, y de preferir el comercio y la amistad de ellas a las de cualquier otro país, pues, decía, «los argu-

mentos con filantropía que se nos hagan para considerar a todos los pueblos como una misma familia e iguales, no tienen más fundamento que el interés de los que nos los hacen, ni pueden producir otros resultados que convertir en extraños y aún en enemigos a los que nacimos y podemos continuar siendo hermanos». Y no vacilaba aún en agregar: «Quizá parecerá a algunos escandalosa y aún ridícula mi opinión de que Chile debe reservarse la facultad de conceder favores a todas las naciones de su idioma con las que antes de su independencia había compuesto una familia, porque esto es querer también comprender a España y seguramente que tal es mi intención. Así se destruirían las animosidades que la guerra civil ha debido inevitablemente producir y podríamos tener en Europa un poder centinela, el más análogo a nosotros, interesado en nuestro favor después que reconozca nuestra independencia. Prescindiendo de toda consideración de cálculo e interés ¿no sería noble y honroso para Chile, pendiente aún la contienda con la España, manifestar este sentimiento de generosidad y su resuelta disposición a considerar siempre como a su propia familia a su país fundador? No creo que el derecho a obrar así pueda disputársenos, pues la relación entre las Naciones son las mismas que entre las familias y no se pretenderá que debemos ser favorables a los extraños como a nuestros parientes».

Y esto se escribía sólo a diez años de la batalla de Maipú que consumó la independencia de Chile.

Las advertencias del plenipotenciario Campino cayeron en el vacío y si el grandioso esfuerzo de Bolívar por agrupar a nuestras dispersas repúblicas, tuvo en un principio cierto impulso, acabó en el mismo fracaso. Después del noble, pero utópico Congreso de Panamá vino el más realista de Tacubaya en que la voluntad certera del mexicano Lucas Alamán logró concertar la Unión Aduanera Ibero-Americana. Pero su triunfo no fue definitivo. Hubo manos que se movieron en la penumbra para tornar ineficaz el acuerdo y lo lograron botando al gobierno que integraba Alamán. Eran los tentáculos de las logías anglo-sajonas introducidas por el agente norteamericano Poinset, que más adelante lograrían desmembrar de México la provincia de Texas y que con el apoyo de Juárez despojarían a la Iglesia nacional de sus bienes para entregarlos a los extranjeros pastores protestantes. La apostasía y la traición abrían de esta manera la puerta a los conquistadores.

Y así seguimos por la pendiente de la anarquía y la extranjerización, escupiendo el rostro de nuestra historia y adorando el pie de los que a trueque de salvarnos de la ignorancia nos penetraban para disolvernos y dominarnos. La nostalgia de la unidad cultural y política rara vez vuelve a aflorar. Apenas Vicente Pérez Rosales, buen nombre de las letras de Chile, despojándose por instantes de su afrancesamiento, besa conmovido en el Museo de Armas de Madrid la espada de Isabel la Católica, madre de América y llega hasta decir, dando rienda a su sangre, que «si la voz lealtad no nació de España, para España sólo parece que hubiera sido creada». Y después de esto, tar-

dó mucho tiempo en oírse el grito lírico de Rubén Darío que, frente a los zarpazos de la guerra anglo-sajona, reivindica su estirpe de cachorro del león español.

Hablando de *María* de Jorge Isaacs, ha dicho con razón Ignacio Anzoátegui: «La maldición de América es su exuberancia, su facilidad para vivir y su distancia de la muerte, América no ha tenido un aprendizaje de rudeza espiritual y se ha quedado en la curiosidad de los sentidos... El sufrimiento no tuvo en América categoría espiritual: tuvo categoría sentimental. Los amantes sufrían aquí para que lo supieran las amadas, no para que lo supiera Dios. A ellas podía engañárselas y por eso falsificaron el sufrimiento e hicieron con él literatura. El sufrimiento ante Dios es otra cosa: es el sufrimiento del hombre. Es el sufrimiento que limpia y no el sufrimiento que ensucia».

Anzoátegui ha dado luz en algo de mucha médula en nosotros. Porque Hispano-América ha nacido en la confluencia de la estática melancolía india y la angustia luchada del español y de nuestro sino cultural que ha sido dolor, apenas hemos comprendido cuánta dosis de redención podía venirnos. Acobardados por la magnitud de tal destino, hemos hecho leña de la cruz y entregádonos a una engañosa sensualidad. Y rehuir el fruto de la disciplina interior ha sido quedarnos vacíos e incapaces de coger más que la superficie de las cosas. Encandilados por los éxitos extraños hemos querido apropiarnos de inmediato, sin sacrificio y esfuerzo, sus fórmulas salvadoras. Pero cada vez que corrimos tras éstas, el regreso nos halló con desaliento en el alma. Lo que bien cuajaba en Francia, Inglaterra o Alemania, luego de ser replantado a nuestro suelo se hacía grotesca quimera. Y es que el iberoamericano se pierde fácilmente por la ilusión de los ojos y no se resigna a verse salvo por la ciega fidelidad al dolor.

Del viejo hidalgo español, austero y digno, sobrio en el triunfo y estoico en la derrota, ya no aparecen rastros. Vendimos la esencia por la apariencia y huyendo del sacrificio adulamos de hinojos al triunfador que nos traía la cadena oculta entre lo muelle. Para nosotros van quedando escritas las palabras de Don Quijote a su escudero: «Bien parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: ¡viva quien vence!»

Enceguecidos por el falso brillo de las palabras hemos hablado cien años de libertad y cien años la hemos enterrado políticamente con nuestra hilera vergonzosa de tiranías. Creíamos que en fuerza de repetir a destajo la palabra milagrera, nuestros pecados se perdonarían sin penitencia. Y en medio del espejismo no alcanzamos a advertir lo que estábamos haciendo con la verdadera y grande libertad del hombre interior.

Ahora Ibero-América no se pertenece a sí misma. Voluntades mercenarias se han interpuesto en su propio camino y la han ido engañosamente amordazando. Otras manos que las suyas son las que recogen las riquezas de sus entrañas y orientan el cauce de su actividad, como otra lengua que la

propia es la que se habla por boca inerte y vencida de sus pseudo-estadistas. Y sin embargo Ibero-América tiene derecho a vivir su propia existencia, y un temblor de voluntad rehabilitado, aún débil, pero certero, comienza a inquietar su cuerpo. Ya despunta en las juventudes de su tierra un instinto de revalorización del patrimonio cultural, instinto que está llamado a abrir las puertas a la verdadera independencia.

A Ibero-América le llega la hora de desprenderse de lazos extraños y recobrar su voz interrumpida, el momento de fundir en libre síntesis todo su dispar patrimonio para revelar al fin su palabra propia y llena.

Hay que salvar el alma, pero hay que redimir también el cuerpo de América. Hay que enseñorearse de la naturaleza, que sólo han tocado de lejos los poetas, y que hoy nos aplasta con su inmensidad vendida. Hay que reconquistarla para nosotros, reducirla y avasallarla con el juego de la técnica. Hay que hacer de esa naturaleza que hoy nos encadena, la fuente precisa de nuestra recobración.

Ya se agolpa el instante de la definición o de la muerte. Y no aflorará sin agonía la manifestación vital de una raza que lleva la angustia incrustada en los tuétanos. ¡Cuántos impulsos fallidos, cuántos ataques arteros, cuántas defecciones habrá aún que soportar en la brega larga y dramática! Pero yo guardo confianza en estas horas de desgarramientos y de amenazas sucesivas. Yo creo todavía en el destino propio de mi América Hispana. Y no rehuyo el dolor, ni siquiera la afrenta que nos puedan sobrevenir y ya nos sobrevienen. Porque para nosotros se ha escrito un porvenir abierto:

*«Se nos debe en justicia
la luz por el dolor
Y el dolor se hará estrella...»*